

LA
CONVERSIÓN DE UN ZEGRÍ



CARLOS PEÑARANDA

LA
CONVERSIÓN DE UN ZEGRÍ

LEYENDA HEROICA SOBRE UNA TRADICIÓN GRANADINA

LA ALHAMBRA

POESÍA

COMPOSICIONES PRESENTADAS

EN LOS CERTÁMENES ABIERTOS POR EL LICEO DE GRANADA, CON MOTIVO
DE LA CORONACIÓN DE ZORRILLA, Y DECLARADOS DESIERTOS,

CON UN PRÓLOGO

POR

D. NARCISO CAMPILLO

SEGUNDA EDICIÓN

ILUSTRADA POR D. RAFAEL HIDALGO DE CAVIEDES

MADRID

Librería de Fernando Fe

Carrera San Jerónimo, 2

SEVILLA

Librería de Hijos de Fe

Sierpes, 100

PRÓLOGO

El Liceo de Granada, tal vez por animar las famosas fiestas del Corpus, y atraer á ellas gran número de forasteros, tal vez por admiración y afecto á don José Zorrilla, y probablemente por ambos motivos, dicidió coronar solemnemente al anciano poeta legendario; y para que á esta coronación concurriesen cuantos elementos pudieran darla realce y brillo, invocó el auxilio oficial, el de las corporaciones y aun el de los particulares.

Mas como ningún rey puede estar sin cortesanos que le acompañen y sirvan, y un poeta coronado es una especie de monarca, ideó el mencionado Liceo abrir certámenes artísticos de poesía, música, pintura, etc.; y pues todo trabajo necesita de algún estímulo, puso el cebo y aliciente de varios premios destinados á la recompensa y honra de las mejores composiciones que se presentasen. Verdad es que,

más de treinta años antes, cuando la coronación del ilustre Quintana, único hecho de esta clase ocurrido entre nosotros y capaz de establecer precedente, no hubo certámenes ni se ofreció nada á los que enaltecieron los merecimientos del cantor de la imprenta y de nuestras glorias nacionales; lo cual en ninguna manera fué obstáculo para que todos los poetas y versificadores de entonces, grandes y pequeños, veteranos y principiantes, ofreciesen alguna flor de su ingenio al héroe de la fiesta. Desde tal época hasta hoy, puede asegurarse que de año en año, y hasta de mes en mes, ha ido aumentándose y generalizándose la afición y costumbre de esos escarceos poéticos designados con el arcaico nombre de *Juegos Florales*. Ya se trata de cierta Virgen más ó menos milagrosa, cuyos prodigios están pidiendo narrador que los refiera, ó lira que los cante; ya del parto de alguna regia persona, cuya descendencia viene como llovida del cielo, para hacernos archifelices á todos los españoles, que ni aun tenemos la suficiente sín-déresis para apreciar tan soberano bien; ya, por último, de las glorias de estupendas batallas, donde corría la sangre por arroyos, mientras el Dios de bondad miraba complacido desde lo alto la matanza, y á tomar parte en ella bajaban del empíreo ángeles y apóstoles blandiendo chafarotes descomunales, sobre caballos blancos; temas todos muy adecuados

para el desarrollo de la general cultura: y para premiar las obras que de tales asuntos tratan, no suele faltar un relojito de sobremesa, ó un tinterito muy cuco, ó una rosa de esmalte, ó bien, metida en su estuche, una pluma de plata ú oro, y así los periódicos pueden decir á sus lectores: «El inspiradísimo poeta X, ó B, es el emplumado autor de la batalla de Clavijo. Con éste son ya cuarenta y siete los premios que se ha ganado, por lo que tiene su casa llena de candelabros, figuritas de bronce, relojes, escribanías, etc., etc., que atestiguan sus dotes artísticas y la enormidad de su talento.» Algunas veces los Jurados, conociendo que los vates no suelen ser capitalistas, substituyen la quincalla por dinero contante, y ofrecen sumas, por lo común mezquinas, en recompensa, como en las diversiones populares suele ponerse una sarta de chorizos, un jamón ó cinco duros al extremo de resbaladiza cucaña.

Atraídos por el cebo, como los pajarillos por el cimbel ó reclamo, concurren llenos de ilusiones, muchos autores noveles y algunos que no lo son, persuadidos de que para el buen éxito los merecimientos bastan, ignorando ú olvidando la sentencia de nuestro profundo Cervantes: «Si es que son (los versos) de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre lo lleva el favor ó la gran calidad de la persona.» Y esta

afirmación, considerada casi como verdad axiomática en los principios del siglo xvii, se ha consolidado y robustecido más y más con el correr y la experiencia del tiempo, que nos muestra una larga serie de fallos injustísimos dictados por todo linaje de corporaciones y academias.

No faltó el Liceo granadino á la costumbre, y quiso también sus Juegos Florales, y abrió certamen, y convocó poetas, y señaló asuntos, y ofreció premios. Mas como dice el refrán: *al primer tapón, zurrapas*: esto es, desde el primer momento aparece la cosa algo turbia, y sobre todo, muy poco equitativa; pues mientras el público sólo tuvo noticia de las condiciones del certamen por la convocatoria, que daba un plazo breve y angustioso para pensar, escribir, y remitir las composiciones de los aspirantes, asegúrase que ciertos privilegiados autores sabían con anticipación los temas, las recompensas, y cuanto era necesario para desde luego ponerse á la obra, disponiendo de doble plazo que sus contrincantes. Y como si esta irregularidad, por no decir trampa, fuera cosa leve, nos avisan los periódicos de otro amaño, noticiándonos, con todas sus letras, que entre los miembros del Jurado calificador había parientes y hasta hermanos de alguno de los aspirantes, con el sencillo fin de dar á éste el premio y que todo quedase en familia. El clamoreo de la

prensa, que resultó fundado y no desmintió nadie, fué un grito de alarma para el Jurado mismo y para los hijos de Apolo, que habían empleado tiempo, talento y trabajo con la esperanza de honrosa recompensa. Felizmente no se hallaba en tal número quien escribe estos renglones, y por esto con entera imparcialidad puede escribirlos.

Mas, aunque á tales *Juegos* sólo suelen acudir versificadores hábiles y jóvenes inexpertos, hallábanse esta vez mezclados con la espesa falange algunos verdaderos poetas, entre ellos mi buen amigo y paisano don Carlos Peñaranda, que en sus diversos volúmenes de poesías líricas, en sus dramas, en sus cartas puertorriqueñas y en otras publicaciones ha dado repetidas pruebas de su excelente ingenio. Autor es también de la leyenda titulada *La Conversión de un Zegrí*, y de las octavas á *La Alhambra*, que á continuación se imprimen, y en tiempo oportuno fueron remitidas al Jurado granadino para su lectura y calificación. No es por manera alguna mi intento el analizarlas ahora, poniendo de relieve las muchas bellezas que á entrambas enaltecen: dejo el cuidado de apreciarlas en lo que realmente valen á los lectores instruídos y discretos. Pero sí debo decir dos cosas: primera, que á consultarme el autor acerca de *Juegos Florales*, tal vez le hubiera desanimado, manifestándole el pobre concepto que de

ellos tengo por larga experiencia; y me alegro ahora de no haberlo hecho, pues entonces no existirían las mencionadas composiciones. Y segundo, que al leer-melas, ya concluídas á pesar de lo angustioso del plazo en que fueron engendradas, no pude menos de elogiarlas sinceramente, dando cordial enhorabuena á su autor y estimulándole á remitirlas en seguida á su destino. Parecíame entonces muy difícil, y me parece lo mismo ahora, que, dadas las circunstancias dichas, le hubiese aventajado algún otro aspirante; y, caso de ser así, tanto mejor para el brillo del Liceo y para las letras españolas. Omitiendo comparaciones, pues para ser buenas y justas, preciso es conocer á fondo las cosas comparadas, y presuponiendo que *La Alhambra* y *La Conversión de un Zegri* fuesen dentro del certamen únicas y solas, que no es poco suponer, sobrado mérito es el suyo para ser premiadas, máxime cuando diariamente tropezamos con multitud de engendros laureados y ensalzados *usque ad sidera* para mengua del buen gusto y de la crítica moderna.

Mas ¡cuál no sería mi asombro al saber por los papeles públicos que se habían presentado treinta y tantas leyendas, muchas docenas de poesías líricas al mencionado certamen, y que, sin embargo, el Jurado lo declaró desierto en ambas secciones! Declarar desierto un certamen, oposición ó concurso, equi-

vale á decir: «Lo presentado es de tan ínfima calidad y escaso mérito, que no vale la pena de ser tomado en cuenta;» y esto es precisamente lo que niego, y lo niegan mejor todavía y de más irrecusable modo las siguientes composiciones de Peñaranda. Para motivar tan duro fallo, dícese que siendo los premios de mucha consideración, no pueden asignarse justamente sino á obras de extraordinario valer, que sobresalgan cien codos sobre el nivel común. Oportuno parece recordar que los tan cacareados premios son de mil pesetas para la poesía lírica, y de cinco mil para la leyenda: total, seis mil pesetas para los dos autores más sobresalientes. ¡Y esta suma se tiene por muy considerable tratándose de dos obras artísticas, que forzosamente requieren estudios, talento especial y laboriosas vigiliass, cuando aquí se galar-dona, sin que nadie se asombre, con quince mil pesetas al caballito que llega antes que sus rivales al término de una carrera!

Omito las reflexiones irritantes que á cualquiera ocurren al comparar semejantes datos, y voy á otro punto, á mi juicio inexplicable.

Verdad es que el Liceo granadino declaró desiertos ambos certámenes; pero verdad es también, según se afirma, que el Jurado calificador tiene separadas algunas composiciones *de las desiertas*, como menos malas, y que prorrogará el plazo para la admisión

de otras, durante seis meses. Claro es que sucederá una de estas dos cosas: se presentan poemas nuevos; no se presentan. En el caso primero, los últimos aspirantes llevan notoria ventaja sobre los anteriores, que dispusieron de poco más de un mes, mientras ellos disponen de medio año. En el segundo, ¿qué hará el Jurado calificador? ¿Volver á declarar desiertos los certámenes? Entonces, ¿qué significa ese apartado, selección ó entresacamiento? ¿Premiar algunas de las apartadas ó selectas? Para acabar de este modo, valía más haberlas premiado en la época fijada, que era la propia y oportuna. Estas razones no tienen réplica. Podrán contestarse con alguna agudeza ó subterfugio, que nunca faltan cuando se les busca, pero no presentando motivos de verdadero fundamento. Punto y aparte.

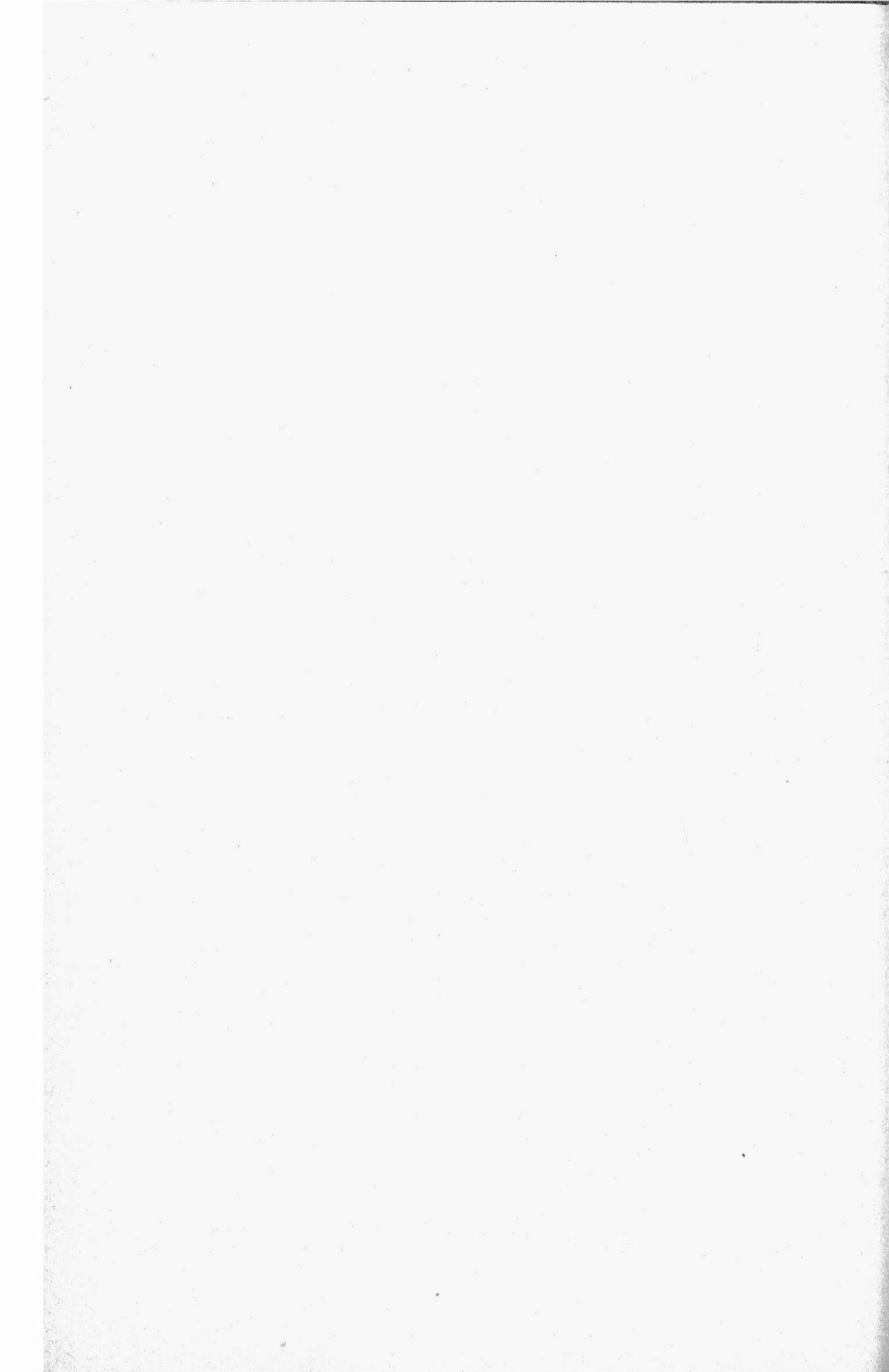
A fuerza de cavilar, he dado tal vez con la causa explicativa de las mencionadas selección y prórroga. Por si acierto, voy á manifestarla. Los individuos que forman el Jurado calificador me parecen unos señores muy apreciables y hasta muy entendidos en sus diversas profesiones; pero, salva alguna que otra excepción, rapados á navaja en lo tocante á poesía; que bien se puede merecer título de docto médico, profundo jurisconsulto ó acaudalado comerciante, y no ser hijo de Apolo, ni sobrino, ni cuñado, ni amigo ni conocido siquiera. En tal supuesto, que es el más

probable, y decidiéndose la cuestión, no por mejoría, sino por mayoría de votos, posible es que esta mayoría profana se haya figurado que los versos participan de la naturaleza de los vinos, y así mejoran notablemente en calidad con el tiempo; de donde con toda lógica nace la idea de la selección y la prórroga. Si de otra parte proviene, me doy por vencido y declaro humildemente mi falta de perspicacia.

De cualquiera modo, los tan ponderados certámenes y su grotesca conclusión, aunque no produzcan otro buen resultado, servirán por lo menos para acabar de abrir los ojos á ciertos poetas de talento, pero candorosos y humildes, que creen en las convocatorias y someten sus producciones al examen y juicio de unos cuantos señores; cuando el verdadero é inapelable juez de todo autor es el público, y el público entendido, que de seguro acaba siempre por imponer su fallo á la espesa muchedumbre.

A este público ilustrado é infalible remito ahora los excelentes versos de Peñaranda; y quédense los *Juegos*, sean ó no florales, para los ociosos y los niños, que son los que se divierten y gozan con juguetes. Vale.

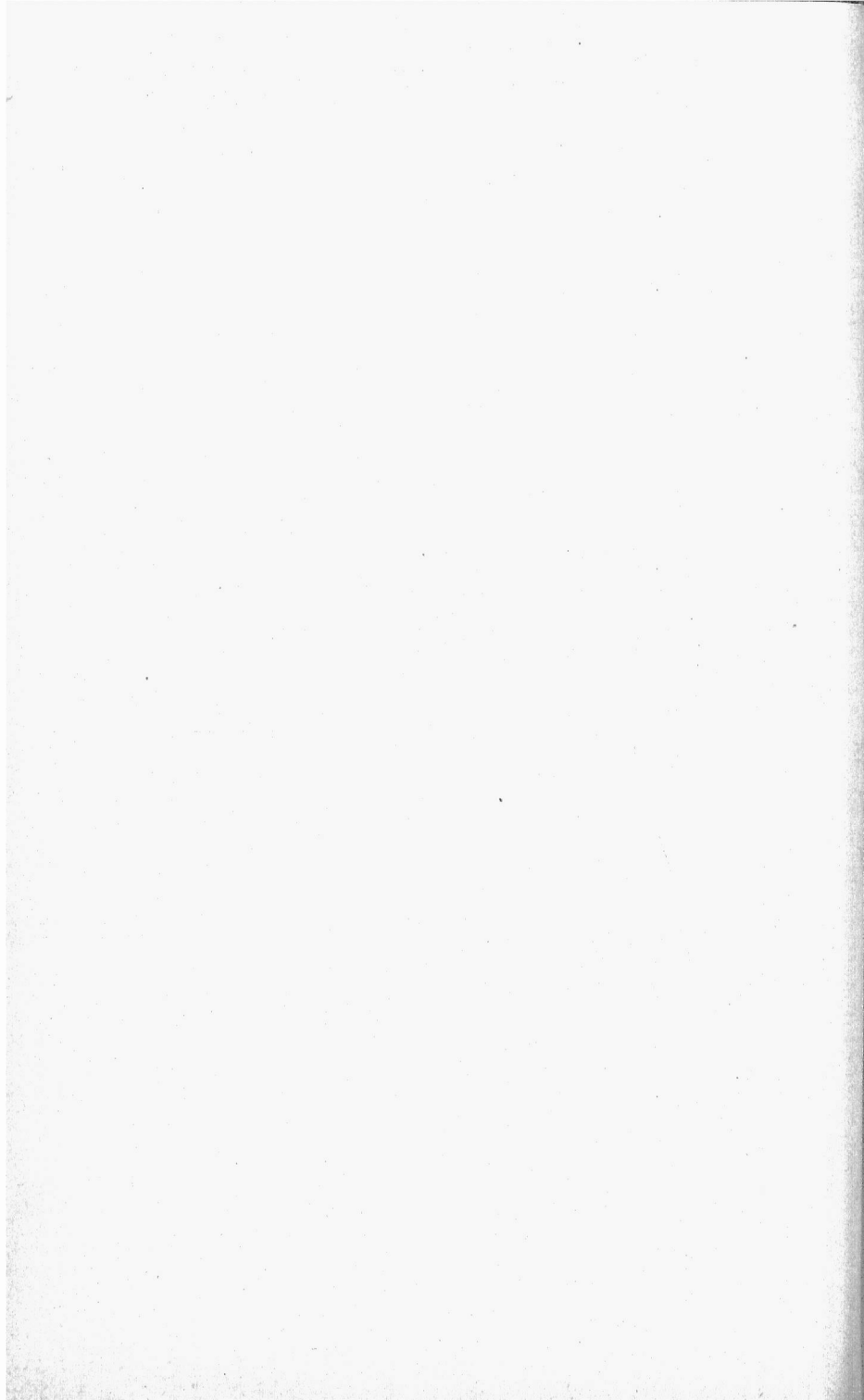
NARCISO CAMPILLO.



LA CONVERSIÓN DE UN ZEGRÍ

(TRADICIÓN GRANADINA)

LEYENDA HEROICA



LEMA

«En aquellas fantásticas regiones
el tesoro riquísimo se encierra
de aquellas misteriosas tradiciones
que la historia veraz de sí destierra,
mas que de sus recónditos rincones
tomaz la poesía desentierra,
y que, al amparo de la fe y del arte,
forman en su región un mundo aparte.»

D. José Zorrilla

Poema GRANADA.

LA

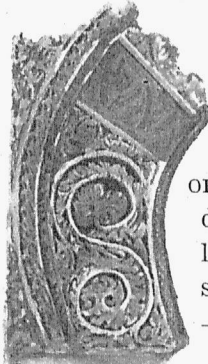
Conversión de un Zegri

TRADICIÓN GRANADINA (1)

LEYENDA HEROICA



INTRODUCCIÓN



OBRE la antigua Iliberia
de la conquista romana,
la última corte del moro
sus alcázares levanta.

(1) *Historia del rebelion y castigo
de los moriscos del Reyno de Gra-
nada*, por Luis del Mármol. (Má-
laga, año de 1600. Lib. I, cap. XXV).

Historia eclesiástica de Granada, por D. Francisco Vermudez de Pe-
draza. Granada, 1638 (cuarta parte, cap. XXI).

Hoy su fama y su hermosura
no amenguan tiempo y distancia,
que es prestigio de bellezas,
aun más que verlas, soñarlas.
Y aunque Granada se mira
de sus esplendores falta,
y de sus añejas glorias
y opulencia despojada,
atónito el extranjero
su admiración le consagra;
el agareno la llora
presa de eterna nostalgia;
como su joya más rica
 nombra el español la Alhambra,
y el soñador andaluz,
retoño de aquellas razas,
la admira y sus penas llora,
cifra su orgullo en Granada,
ausente de ella, suspira
y aun hace más, adorarla.



UÁNTO más bella era entonces
la regia corte africana!

Las cumbres de Sierra Elvira,
de vegetación exhaustas,
con las de Sierra del Sol
en color y luz contrastan.
De ellas al pie, y en el centro
del vistoso panorama,

de mil torres guarnecida
alza su frente Granada.
Su diadema, en una altura,
son los muros de la Alhambra,
y tiene en Torres Bermejas

gigantescas atalayas,
á que rinden homenaje
Albaicín y la Alcazaba.
Más allá, Generalife,
lugar de fiestas y zambras,
sobre la Silla del Moro
esquívase á las miradas.
Más lejos, los Alijares,
de amor y deleite estancia;
y á la diestra, pintoresco
en tejados y terrazas,
el barrio de Antequeruela
que, adosado á las murallas,
por las vertientes del Darro
populoso se derrama.
Darro y Genil, de la sierra
fríos y veloces bajan,
y el primero, acariciando
los arranques de la Alhambra,
suspense de lo que mira
sale después de Granada
y con el Genil se junta
casi al pie de las murallas,
aportando cada río
á estas bodas de sus aguas,
aquél sus arenas de oro
y éste sus ondas de plata.

Su nombre llenaba el mundo,
porque era entonces Granada
la ciudad más floreciente
y populosa de España.
A ella ansiosos acudían,

buscando riqueza ó fama,
avarientos mercaderes,
y hombres de ciencia y de armas.
Calles y plazas henchía
muchedumbre abigarrada,
mezcla de muchas naciones
y de diferentes razas:
el astuto griego, el turco
feroz, el negro de África,
el egipcio, el tunecino,
se confunden y amalgaman.
Todo el Zacatín ocupan,
la plaza de Vivarrambla
y la vieja Alcaicería,
tiendas, bazares y casas
de mercaderes, y en ellos
en combinación bizarra,
brocados, cintas y plumas,
sedas, alcatifas raras,
pieles de león y tigre,
frutos de Persia y de Arabia,
marlotas y capellares
y resistentes adargas
y puñales damascenos
y alfanjes y cimitarras.
Cual sucede en las ciudades
que pregonan abundancia,
á millares los mendigos
invaden puertas y plazas,
ya con voces lastimeras,
ya con narraciones largas
ó romances, á los sones
de árabe guzla ó guitarra;

formando el raro conjunto
y esa conjunción extraña
de la miseria que llora
y la miseria que canta.

Desde Granada, la vega
de una ojeada se abarca...
¡Con cuánta razón el moro
su bien en ella cifraba!
De Diezma los chaparrales
defienden su angosta entrada,
y olivares mil la cercan
ricos de aceitunas agrias,
que con el copioso fruto
inclinan la espesa rama.
Fronchosos álamos crecen
entre berberiscas palmas,
naranjos y limoneros
junto á cimbradoras cañas,
y, al pie de los altos olmos,
los nopales de hojas anchas.
Cubre los ásperos cerros
la vid añosa y tostada,
en cuyo botón jugoso
se hinche la uva y se esmalta.
Y cuando ardoroso estío
las mieses sazona y cuaja,
parece la extensa vega
con las rubias oleadas
de las espigas, que el viento
roza y el sol abrillanta,
un mar movible de oro
que se agolpa y se dilata,

que amenaza y que se aleja,
que se encrespa y que se amansa.

¡Bien su edén cifraba el moro
en la vega de Granada!
Como nidales de amores,
como albergues de esperanzas,
y poemas de alegrías,
los cármenes se destacan
rodeados de jardines
con murmuradoras aguas,
perfumados por las flores
y besados por las auras.
El rico ajimez que cubren
enredaderas y plantas,
los misterios que se esconden
tras la tupida persiana,
frases galantes denuncian,
miradas que son palabras,
palabras que son suspiros
y suspiros que son ansias,
y besos que son poemas
y poemas que son lágrimas.

De este edén, reina y señora,
se alza orgullosa Granada,
y en sus altos miradores
de una ojeada lo abarca.
Su cielo es dosel de gloria;
verde alfombra de su planta
la vega, espejo sus ríos
de tanto esplendor y galas.
Allí la luz tiene rayos

de oro, murmullos las aguas
de misteriosas venturas,
dulce susurro las plantas,
promesas de amor el cielo,
la noche luz de esperanzas,
más rico aroma las flores,
más brillo la luna pálida,
y el aire blando, en sus giros,
rumor de besos que estallan.
Es Granada, de Damasco
la rival afortunada,
de Persia vivo reflejo
y compendio de la Arabia;
y por su cielo, su clima,
sus ríos y sus montañas,
sus jardines y su vega,
es un resumen de Italia.

En la tarde, cuando á ocaso
el sol silencioso baja;
cuando abandona la vega
y las torres de Granada,
y el crepúsculo dudoso
extiende sus sombras rápidas,
lanza sus últimos rayos
sobre la cumbre más alta
de la sierra, en nieves rica,
que la defiende y resguarda,
y, amante que se despide,
vuélvese para mirarla.



Una fiesta en la Alhambra



RA monarca en Granada
Boabdil, de triste memoria,
que entregó el cetro, y la espada
rindió, muriendo sin gloria,
en causa ajena empeñada.

Fugitivo y muerto Hacén,
el bravo Zagal vencido,

el cetro, que juzga un bien,
á sus manos ha venido
y la corona á su sien.

Mas su herencia desmembrada
se desvanece cual sombra
en guerra nunca acabada;
rey de Granada se nombra
y apenas reina en Granada.

Villa á villa y foso á foso,
el pendón de los cristianos
va avanzando victorioso;
y aquel reino poderoso
se deshace entre sus manos.

Baza, Guádix y Almería
suyas el cristiano llama,
y, tras sangrienta porfía,
rindióse también Alhama
que invencible se creía.

Y Málaga al entregar,
tiembla el muslim y se espanta,
que ya no puede encontrar
tierra en que poner su planta
desde los Vélez al mar.

Viendo á merced sus estados
de las pasiones más viles,
y en su nobleza enconados
los odios mal apagados
de las contiendas civiles;

voluntades por aunar,
Boabdil, que otras glorias sueña,
fiestas manda celebrar,
tales que pueda olvidar
la rota de Salobreña.

Por ver hoy las fiestas reales,
los ociosos, de la Alhambra
agólpense á los umbrales,
que al son se anuncia la zambra
de dulzainas y atabales.

Dentro, luz de mil colores
lanzan vasos transparentes
y cambiantes resplandores
en salas, patios y fuentes,
y en arrayanes y flores.

Quien á la Alhambra se asoma
de Alhamar ve los empeños,
pues su traza origen toma
de una noche que vió en sueños
el alcázar de Mahoma.

Y así tiene en sus arcadas
y arabescos un tesoro,
piedras de encajes cuajadas,
y techumbres salpicadas
por lluvia espesa de oro;

y jambas y ensambladuras
y vistosos miradores,
mosaicos, y entalladuras,

y, entre salientes molduras,
ajimeces de labores

tan peregrinas y expertas,
de tan excelso modelo,
que parecen aéreas puertas
por manos de un dios abiertas
entre la Alhambra y el cielo.

Paraíso musulmán
es el palacio á estas horas,
como lo pinta el Korán,
y hurís las gallardas moras
que rodean el diván

de Aixa, la antigua sultana,
célebre por los rigores
de su altivez soberana,
la que á Boabdil, su hijo, allana
el trono de sus mayores.

Zaida allí, cuya belleza
es de Gazul muerte y vida,
Leila, de gran gentileza,
Moraima, por flor tenida,
Jarifa, honor de Baeza,

y Fátima, que es en rama
de rosal tierno capullo,
mora á la que el pueblo aclama
la más bella, hija y orgullo
del bravo alcaide de Alhama.

Tal luz su pupila aduna
como el azulado velo
en clara noche de luna;
que no hay diferencia alguna
entre sus ojos y el cielo.



Parecen, sin otras mañas
que ser en belleza extrañas
y del amor embelesos,
su boca cita de besos
y haz de sueños sus pestañas.

Velo de perlas sembrado
circuye el rubio tesoro

de su cabello ondeado,
y su brazo sonrosado
gruesas ajorcas de oro.

Entre el collar de diamantes
la nieve del seno asoma,
en ímpetus anhelantes,
cual las plumas palpitantes
del cisne y de la paloma.

Deponiendo sus ultrajes,
allí están, como otras veces,
nobles y opuestos linajes;
Alboradís y Alabeces,
y Zegrís y Abencerrajes.

Y el zegrí Azaator, que encierra
el ardor moro en su porte,
formado para la guerra
en los riscos de la sierra,
no en los ocios de la corte.

Sin placeres ni serrallo
libre creció en la Alpujarra,
ni de otro amor fué vasallo
que el de su lanza y caballo
y su corva cimitarra.

Aun joven, lleva en sus ojos
el sello de grave idea
y contenidos arrojos,

y de su edad con enojos,
su negra barba blanquea.

Mas como helada corteza
que de un volcán la honda acción



tapa en la invernial crudeza,
tiene nieve en la cabeza
y fuego en el corazón.

Nadie en carrera le alcanza,
ni en Granada ningún otro
puede igualar su pujanza

cuando arroja gruesa lanza
ó cuando refrena un potro.

Pero vió á Fátima un día
y oyó su voz melodiosa,
y creyó que ante él se abría
el cielo, y que era pasmosa
revelación lo que oía.

Que tal su pecho ha sentido
calor extraño y suave,
como agreste árbol erguido
en donde fabrica un ave
por vez primera su nido.

No bien la fiesta empezó
con fausto y bellezas tantas,
un esclavo se inclinó
de Fátima ante las plantas
y de esta suerte le habló:

«Acepta el ramo, señora,
si no lo estimas ultraje,
que formó, al lucir la aurora,
para tan gallarda mora
Zulema el Abencerraje.»

Calló el concurso, y la bella
cogió el ramo con temor,
presintiendo ardua querella,
y en su mejilla el rubor
marcó repentina huella.

Mas, á poco de anudado
el festín, y sin que allí
se hubiese el ramo entregado,
en la mano del Zegrí
mustio estaba y deshojado.

Rugió al verlo, de coraje,
el altivo Abencerraje,
y, al Zegrí mirando atento,
así prorrumpió en violento
y amenazador lenguaje:

«Mal conoces mis furores,
cobarde, pues vientos siembras.»
Y añadió luego: — «¡Señores,
ved qué bien sientan las flores
en las manos de las hembras!»

Y cohorte numerosa
se apercibe á la refriega
y aisla al Zegrí rencorosa,
cual ola que se repliega
para avanzar más furiosa.

Mudó el Zegrí de color,
y «venid,» murmuró quedo
con ese febril temblor
que es en el cobarde, miedo,
y en el valiente, furor.

«Venid, pudo al fin gritar,
todos juntos, sin reparos:
acudid sin vacilar,

que yo no me he de tomar
ni aun la pena de contaros.»

Y relumbraron las hojas
de los alfanjes veloces,
mil veces en sangre rojas,
y hubo en las damas congojas,
sustos, desmayos y voces,

hasta que al bullicio atiende
y «¡alto al Rey!» grita Boabdil,
y Aixa, que en ira se enciende,
dice:—«¡No es noble, es un vil,
quien á su monarca ofende!»

—«¡Tened — añadió — el furor
y las insolentes manos,
y ved que estará mejor
ese alarde de valor
enfrente de los cristianos!»

Y exhortan á los contrarios
á que allí se satisfagan
de sus celos temerarios,
y á que tales adversarios
nueva tregua y paces hagan.

Aquellos hombres de acero
ceden ante el soberano;
mas surge un lance postrero,
y es, para alargar la mano,
quién debe avanzar primero.

—«No vengo de baja grey,
el Zegrí dice importuno,
y sobre mí, según ley,
está el rey, por ser el rey,
mas después del rey, ninguno.»

Y el soberbio Abencerraje
repone con altivez,
infiriendo nuevo ultraje,
que es más noble, y su linaje
el de los reyes de Fez.

Y entre la turba apiñada,
del santón Macer se advierte
la voz que predice airada:
—«La hora llega de tu muerte!
¡Ay!—repite.—¡Ay de Granada!»

Aixa al fin el fuego apaga
del rencor, en el que asoma
esa invisible carcoma
que se extiende y se propaga
cuando un reino se desploma.

Más que risueña, sombría
prosiguió después la fiesta,
pues no está la de este día
por la común alegría
y el mutuo afecto dispuesta.

De nuevo los atabales
sonaron, á mora usanza,
de falso gozo señales,

y oyéronse los iguales
movimientos de la danza.

Las damas, de sus amores
tornaron á la terneza;
los nobles á sus rencores;
Aixa á su altiva fiereza
y Boabdil á sus temores.

III

Narración histórica



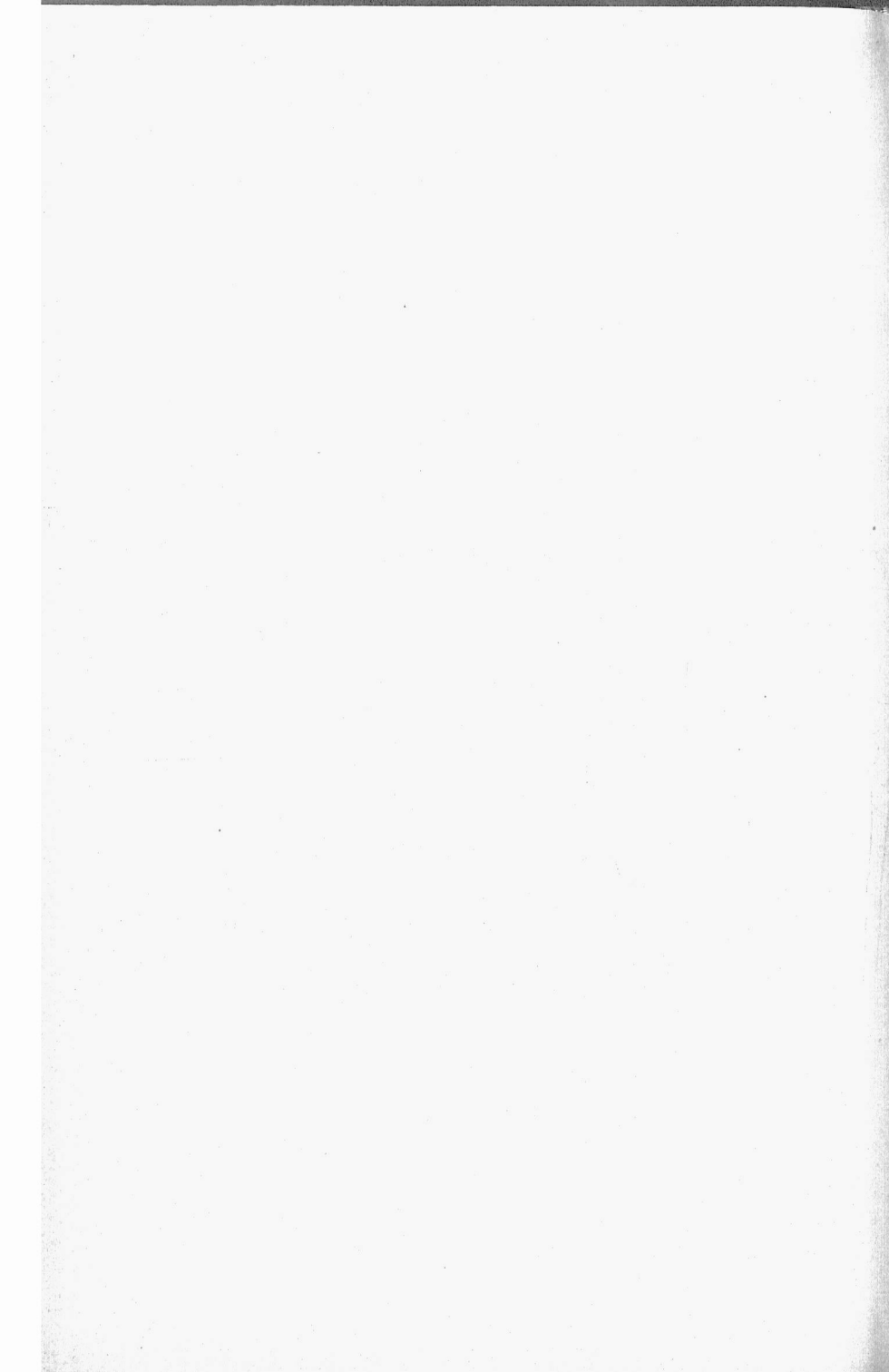
L siglo décimoquinto
casi á su término toca,
y conquistada Almería
y Baza, Guádix y Loja,
determinaron los reyes
que Católicos se nombran,
poner á Granada cerco
y estrechar la gente mora,
cuyas huestes ya deshechas

están, mermadas y rotas.
A este fin el rey Fernando
junta sus mejores tropas,
á los nobles de los reinos
para la empresa convoca,
y, en Alcalá la Real
dejando á su egregia esposa,
con cincuenta mil infantes
y diez mil caballos, toma

el camino de Granada
que, á su presencia, se asombra.
Atambores y clarines
y agudas y recias trompas
resuenan al divisarla
y los espacios asordan;
y el sol que á Granada alumbra,
en vez de cármenes, dora
espesa y movable selva
de cascos, lanzas y cotas.
De escuadrones mil la marcha
continua, grave y monótona,
acompañados ruidos
reproducen y prolongan,
y de la cercana sierra,
deshabitada y fragosa,
despiertan ecos dormidos
en las cavidades hondas.

Ocupa el rey Don Fernando,
con rápida maniobra,
cuantos lugares y sitios
á su pensamiento importan;
y no hay garganta de sierra
ni posición ventajosa,
ni hondo llano, ni alta cumbre
ni sendero hecho en la roca,
ni fortaleza, ni pueblo,
tres leguas á la redonda,
que no ostente de Castilla
las enseñas victoriosas.
En el Gozco se detiene
y sus reales coloca,





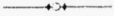
y allí, pasado algún tiempo,
la reina se le incorpora,
y en la tienda del de Cádiz
con los príncipes se aloja;
y, tras razones muy largas,
apretar el cerco adoptan,
la fértil vega talando
desde una sierra á la otra,
á fin de que el sitio sea
breve, y el hambre forzosa.
Incéndiase el campamento,
y como entusiasmo sobra,
álzase ciudad de piedra
con celeridad pasmosa:
que las llamas, esa noche
de sobresalto y congoja,
no fueron al castellano
advertencia misteriosa
de tristes calamidades,
ni presagio de derrota,
sino del muerto Islamismo
las funerales antorchas.

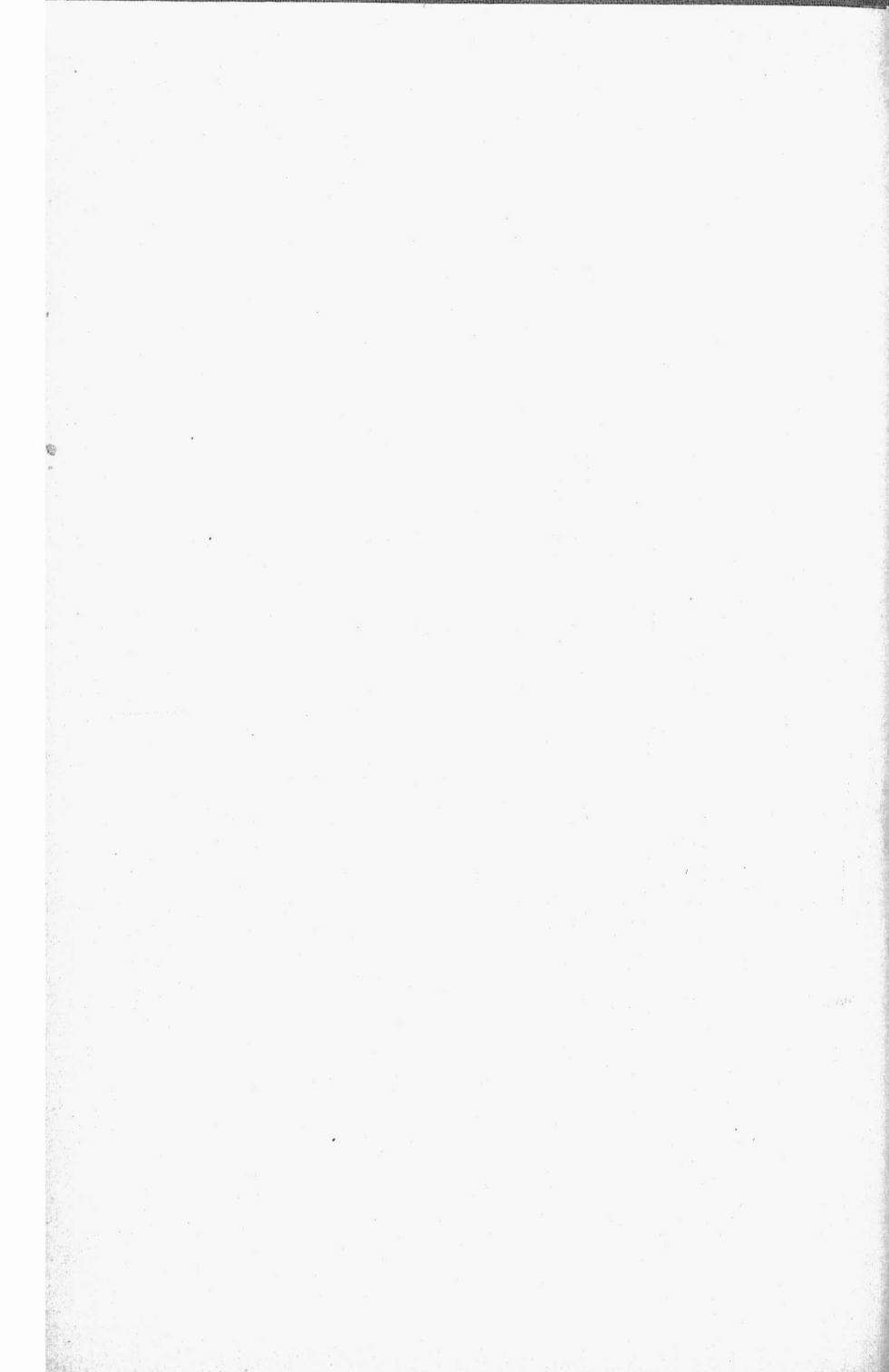
La reina Isabel primera,
según rezan las historias,
de grandes virtudes centro,
de fe espejo, de alma heroica,
era de impaciencia suma
y de condición fogosa,
de varonil ardimiento
y en resoluciones pronta.
Así, con creciente pena
ve que el cerco se prolonga,

la resistencia la enciende
y la tardanza la enoja;
y á la aldea de la Zubia,
que está en las faldas frondosas
de Sierra Nevada, á tiro
de Granada y ya tan próxima
que parece que sus torres
casi se alcanzan y tocan,
ir resuelve, donde vea
la ciudad que la enamora,
sus alcázares, jardines
y riquezas portentosas,
así gozando la idea
de anticipada victoria.
Síguenla, con dos mil lanzas
escogidas y briosas,
Alonso Aguilar, los duques
de Cádiz y de Escalona,
el fiel conde de Tendilla,
de heroicidades famosas,
Garcilaso de la Vega,
que hizo en ella hazaña heroica,
cuyo brazo nadie iguala
cuando gruesa lanza arroja,
y á cuyo nombre apercibe
largos vínculos la gloria;
Montemayor y Alcaudete,
y el gran Gonzalo de Córdoba,
de valor impetuoso
y prudencia cautelosa,
hoy asombro de Granada,
mañana asombro de Europa.
Piadosa Isabel primera,

sus capitanes exhorta
á que rehuyan combate
si á él los árabes provocan,
curando que por su causa
no se derrame una gota
de la sangre del soldado
varonil y generosa.

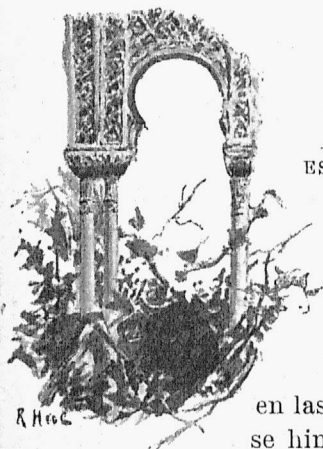
Y hácia la Zubia subiendo,
con destreza tal que asombra,
rige el ímpetu fogoso
del corcel blanco que monta:
van detrás sus capitanes
formando invencible escolta,
y en pos los dos mil caballos
rápidamente galopan.
Envueltos en denso polvo
los mira Granada absorta,
y el pisar de los corceles
repercute en las medrosas
viviendas, y hasta se duda
si por las calles rebota.





IV

El consejo



DESDE los altos muros de la Alhambra
el movimiento audaz Boabdil observa
del campo castellano, que parece,
según se agita, muévase y se acerca,
ancha serpiente de anulares curvas
que, veloz, se desliza por la vega,
y se para en la Zubia, y apoyando
en las casas del pueblo la cabeza,

se hincha, después de ondulaciones largas,

y se enrosca en las faldas de la sierra.
Más que el vivo fulgor de los aceros
que devuelven del sol la luz intensa,
la indignación, la rabia, del rey moro
la faz anublan y los ojos ciegan.

Se detiene su sangre, que circula
cual derretido plomo por sus venas,
y se activa después, cual si de pronto
se desatara en olas turbulentas.

Mira al pie la ciudad, que de su esfuerzo
la ya dudosa salvación espera,
y piensa oír del viento entre los giros
roncas imprecaciones, sordas quejas,
amenazas furiosas y sombrías
y maldición universal y eterna:
ve los desiertos patios de la Alhambra,
lugar, hoy triste, de venturas muertas,
los jardines, los baños perfumados,
del Darro las frondosas alamedas,
y vuelve á resonar en sus oídos
de Alí Macer la predicción funesta,
y de los grandes reyes Nazaritas
ve acercarse las sombras, y severas,
con hondas voces y sollozos tristes,
del disipado bien pedirle cuenta.
Vuelto en sí, de sus bravos escuadrones
ve hormiguitar la multitud espesa
por las angostas calles, y en sus rostros
el furor retratado y la vergüenza;
y rápido desciende á los salones
donde juntas del reino se celebran,
y de sus más valientes capitanes
convoca sin tardanza la asamblea.

Era Boabdil, *el Zogoybi* (1) llamado,
de varonil arrojo y entereza,
á quien infama tradición obscura
y empequeñece popular leyenda.
Fatal derrota ennegreció su fama
y su infortunio su valer amengua;
que así, en la voz del vulgo, fueron siempre

(1) Desventuradillo.



el héroe, aquel á quien el triunfo eleva,
y miserable el ánimo más noble
si no corona el éxito su empresa.

El consejo reunido, de caudillos
de acreditado esfuerzo y de prudencia,
el caso expone el rey; después, aguarda
que hablen los nobles. Quién, con voz severa,
tacha de temeraria la salida
y juzga inútil yá la resistencia;
quién recuerda que el pueblo sufre y llora,
que acrece el hambre y cunde la miseria;
y aun hubo Abencerraje de gran nombre
y de heroico valor, que sin reservas
aconsejó rendirse, entre el asombro
de algún rival y la común sorpresa.
El rey Boabdil sus ojos encendidos
iracundo giró por la asamblea
hasta hallar á Azaator, que así prorrumpe:
—«¡Grande es Alah! Su decisión suprema
mortal ninguno á penetrar alcanza;
mas desmayar al bueno no aconseja,
aun cuando justo encuentro que abandone
á los que así abandonan su creencia.
¿Quién habló de rendirse? ¡Antes Granada
sea destruida y tráguela la sierra,
desgajada por recio terremoto
que en sus hondos cimientos la conmueva!
Debilidad es ésta propia sólo
del cobarde que advierte su impotencia,
ó necia salvación que sólo invocan
ó los débiles viejos ó las hembras.
La victoria es un don de la fortuna;

no del ánimo así la fortaleza,
que en el largo infortunio se acrisola
y en los grandes peligros se acrecienta.
¡Fuerza es luchar! Del pecho generoso,
cuando sucumbe ante la suerte adversa,
es galardón bastante, la distancia
que media entre sufrirla y merecerla.»
Cesa el Zegrí, y estalla en el concurso
franco rumor de aprobación en muestra,
y los mismos que há poco desmayaban
al entusiasmo animador se entregan.

Cierra el consejo el rey: reunir dispone
seis mil jinetes, y al Zegrí encomienda
desbaratar el campo castellano,
ya en él tan sólo su esperanza puesta.

Al cruzar las estancias que conducen
á la elevada Judicaria puerta,
blanda voz al Zegrí nombra y detiene.
Fátima, amiga y dama de la reina,
allí le aguarda. De los dos amantes,
¿qué pluma puede repetir la escena?
Acongojada Fátima y llorosa
ruega á Azaator que su designio tuerza,
y lágrimas y quejas y sollozos
á suspiros se juntan y á protestas.
«No es tiempo de llorar, — el Zegrí dice. —
¡Hora es de muerte y de venganza!» — Sea, —
Fátima exclama: — ¡Ve! Mas si á tu brazo
Dios la victoria conceder quisiera,
no olvides que con tristes y vencidos
el generoso corazón se muestra; ,
y si tu fuerte espíritu vacila

en la arriesgada y colosal empresa,
dirige hacia los regios miradores
tus ojos, que otros desde allí te observan,
y tu brazo en la lid, tu fe en Granada,

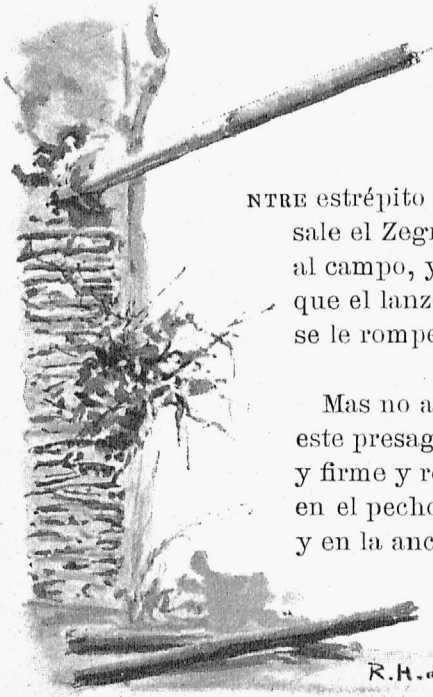


Zegrí, no olvides que mi amor te espera.»
«¡Fátima, adiós! — el moro añade. — Y oye.
Si del combate en la ocasión incierta
ruda muerte asaltárame, á Alah pido
sólo que en ti pensando me sorprenda.»

Tres veces se despiden, y otras tantas
vuélvense á unir y á renovar protestas
de su hondo amor, porque propicio instante
á la fatal separación no encuentran.
Ronco fragor de cajas y añafles
á realidad terrible los despierta,
y al prolongado son, beso furtivo
suave murmullo imperceptible mezcla...
¡Primer beso de amor! ¡Hirviente espuma
en olas amarguísimas de pena!

Con esfuerzo supremo al fin se apartan;
míranse, en varia dirección se alejan,
él resuelto, á los campos de la Zubia,
y hácia los altos miradores ella.

El desafío

An illustration on the left side of the page depicts a broken lance. The shaft of the lance is split lengthwise, and the spearhead is missing. The lance is positioned diagonally, with its base resting on a shield. The shield is covered in a dense, dark, and somewhat chaotic pattern, possibly representing a coat of arms or a field of battle. The overall style is that of a woodcut or a simple line drawing.

ENTRE estrépito marcial
sale el Zegrí con tal ira
al campo, y violencia tal,
que el lanzón, de Puerta Elvira
se le rompe en el quicial.

Mas no anubla su esperanza
este presagio sombrío,
y firme y resuelto avanza,
en el pecho nuevo brío
y en la ancha cuja otra lanza.

Monta el Zegrí, turbulento
y negro potro andaluz,
de tan veloz movimiento
como los giros del viento
y los rayos de la luz.

Lleva adarga reluciente
que esculpe mora falange,
jacerina resistente,
azul marlota, y, pendiente
de ancho tahalí, corvo alfanje.

En blancas plumas remata
el recio almete del moro,
y el sol sus luces desata
en acicates de oro
y en estriberas de plata.

Ganoso de acometer,
ni se puede contener
ni á sus jinetes aguarda,
que de luchar y vencer
yá el momento se retarda.

Y lanzando hácia la sierra
su bravo corcel de guerra,
su velocidad tal es
que parece que la tierra
se escapa bajo sus pies.

Yá del castellano enfrente,
dió tan recia acometida,
tan desusada y valiente

que, confusa y sorprendida,
se desordenó la gente.

Y Azaator, que el rostro arder
siente de ira, así arguye:
—«¡Armas aquí vine á hacer,
mas fué error, pues vengo á ver
cómo, entre cristianos, se huye!»

Mas, gallardo caballero
todo cubierto de acero
ve adelantarse hacia él,
en el galope ligero
de su volador corcel;

y así le escucha gritar:
—«¡No tal, moro, has de decir,
que aquí sólo has de encontrar
manos para pelear,
pero no pies para huir!»

Y la fuerte lanza aferra,
y, de saludarse en pos,
al partir distancia y tierra,
abre la gente de guerra
ancho espacio entre los dos.

—«¡Gonzalol!—exclamó el Zegrí,—
quién eres sé y tu alta historia.
¡Fortuna me trajo aquí,
que aun ser vencido por ti
basta de un héroe á la gloria!

Mas hoy tu fama, empeñada
está en lid más porfiada
y de más arduo embarazo,
pues va á combatir mi brazo
por mi Dios y por Granada. »

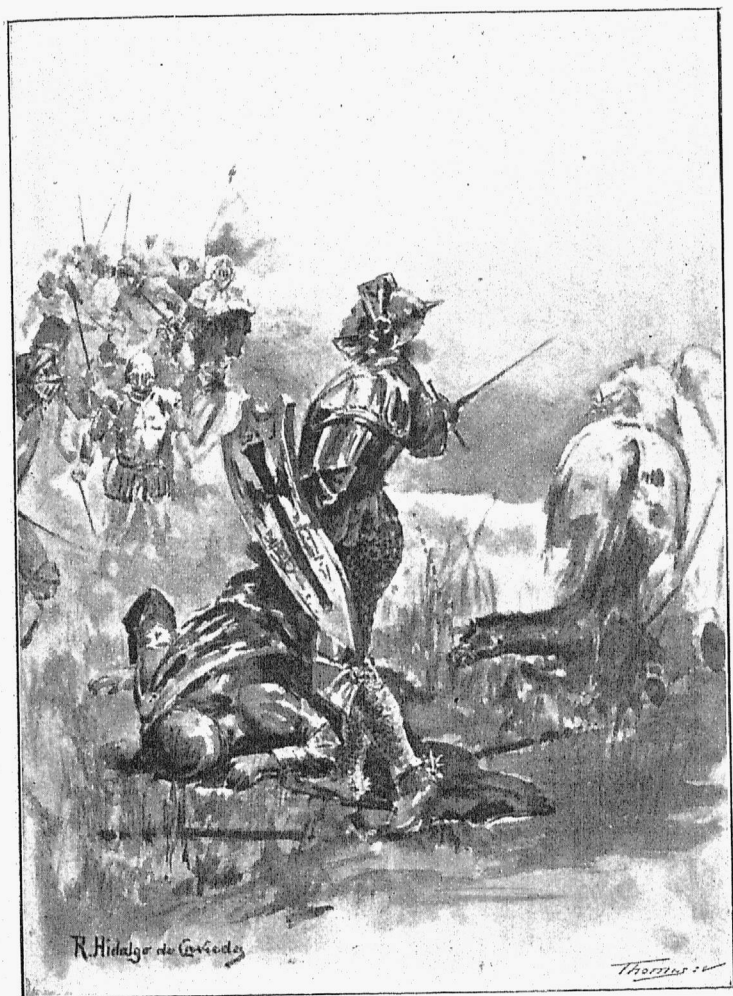
Da Gonzalo, en faz adusta,
de tal arrogancia el pago;
al brazo la lanza ajusta
gritando con voz robusta:
—«¡Por Castilla y por Santiago!»

Ya dos embestidas van,
y hacen las lanzas astillas,
no de flaqueza ademán,
que ambos parece que están
enclavados en las sillas.

Mas el fuerte castellano
aguda astilla levanta
que se le quedó en la mano,
y al corcel del mahometano
la atraviesa en la garganta.

Del caballo á la caída
retembló en torno la sierra,
mas se alzó el moro en seguida,
y de Gonzalo, pie á tierra,
aguardó la acometida.

Del bruto entonces se baja,
de su nobleza en alarde
Gonzalo, y su triunfo ataja,



R. Hidalgo de Caviedes

Thomas: ✓



que sólo lucha un cobarde
con manifiesta ventaja.

Cuerpo á cuerpo y mano á mano,
sin desigualdad notoria,
luchan moro y castellano,
y en su esfuerzo soberano
suspensa está la victoria.

De rabia el Zegrí rugió
y, como el tigre, saltó
con agilidad pasmosa,
y á Gonzalo descargó
cuchillada impetuosa.

Quedó un punto vacilante
el héroe, pero al instante
del recio golpe rehecho,
del moro dirige al pecho
estocada penetrante.

En vano el Zegrí, ligero
apercibióse á pararla,
que, según entró el acero,
dúdase qué fué primero,
si dirigirla ó pensarla.

Dió el fuerte Azaator en tierra
cual se desploma un gigante...
Al par resonó distante
clamor de triunfo y de guerra,
y de Granada delante,

vióse cómo hormigueaba
la morisma y se empujaba
en vergonzosa carrera,
y en la ciudad penetraba
cual si el muro la absorbiera.

Lleno de muertos el llano
dejó el moro fugitivo;
que no hubo tregua en la mano,
ni soldado castellano
que no cogiera un cautivo.

Mas, como Gonzalo siente
que cerca del Zegrí se halla
buen golpe de ociosa gente
que acaso busca impaciente
despojos de la batalla,

así dice á sus guerreros:
—«¡Nadie su persona ofenda!
¡Al real, los prisioneros;
al alcance, los arqueros,
y ese valiente á mi tienda!»

VI

De cómo Fátima dió por muerto
al Zegrí

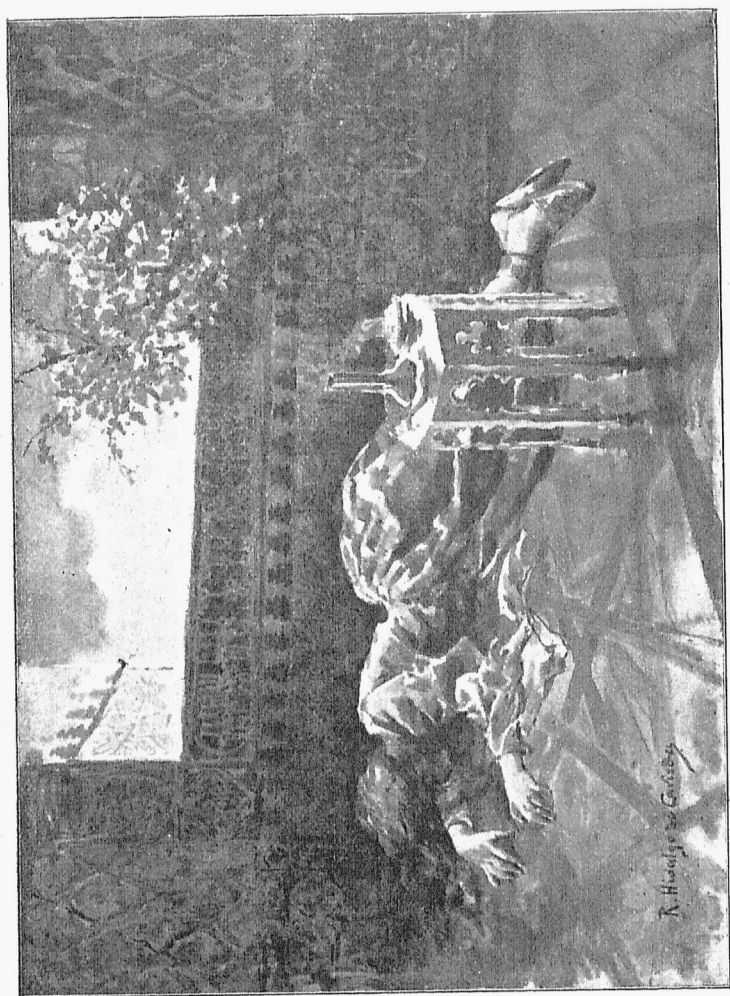


INJUSTO el reloj del tiempo
con desigualdad señala
para el placer horas breves
y para el dolor muy largas.
Así Fátima, en los altos
miradores de la Alhambra,
juzga siglos los instantes
que en incertidumbre pasa.
Vió los árabes jinetes
partir desde las murallas,
y al Zegrí, que ha conocido
por la apostura gallarda,
el potro negro y brioso
y las escogidas armas,
á todos adelantarse
con rapidez temeraria.
Roncos clarines le anuncian
que se trabó la batalla,

si yá el pecho en sus latidos
aun antes no lo anunciára.
Más que contempla, adivina
los recios botes de lanza,
los encuentros y los golpes,
los ardidés y emboscadas,
y el color se le demuda
y honda congoja la embarga;
y cuando ve á los jinetes
que salieron de la plaza,
en fuga, espanto y desorden
agolparse á las murallas,
prorrumpe en grito terrible
que el corazón le desgarrá,
y, blanca como una muerta,
cae en el suelo desplomada.

Vuelta del hondo desmayo,
las voces que en torno estallan,
los lamentos y alaridos
que resuenan en Granada,
hielan la sangre en sus venas
y la enloquecen y matan.
De la Alhambra por los patios
y de las calles cercanas
sólo llegan á su oído
estas funestas palabras:
—«¡No vuelve el Zegrí! ¡No vuelve!»
y añadir voces que espantan:
—«¡Como un héroe ha combatido
y sobre el campo descansa!»

¡Noche de luto y de horrores





fué aquella noche en Granada!
No hay casa sin un lamento,
ni sin terror un alcázar,
ni una sombra sin presagios,
ni torre sin doble guarda.
No hay moro á quien de un amigo
no aflija la suerte infausta,
ni un amante que no gima,
ni madre alguna sin lágrimas.
Y para colmo de males
y cúmulo de desgracias,
ronca tempestad, furiosa
desciende de las montañas,
recia y resonante lluvia
de las nubes se desgaja,
Darro y Genil se desbordan
y cadáveres arrastran,
y todo cede al empuje
de las turbulentas aguas.

Respondiendo á las del cielo
las tempestades humanas,
Boabdil en ira se enciende
recordando añejas faltas,
y á muerte inicua sentencia
al viejo alcaide de Alhama,
que yá, aunque de culpa ajeno,
pagó con prisiones largas
los inevitables triunfos
de las castellanas armas.

A un tiempo Fátima hallóse
de padre y de amante falta,

y á soledad espantosa
y á tristeza condenada.
Largo insomnio la desvela
y lenta fiebre la asalta,
y la consume y devora
idea tenaz é ingrata,
antigua y fija en su mente
en horas menos amargas,
que al amado Zegrí nunca
atrevióse á revelarla.

Mas no atañe á su inocencia;
no son tan puras ni intactas
ni la nube en los espacios
ni la nieve en las montañas.
Sólo un beso dió al Zegrí,
y fué con pureza tanta
que sintió el roce en los labios
y sintió el beso en el alma.

Sola, triste y sin fortuna
vagó una noche en Granada,
huyendo de los terrores
de Boabdil y de la Alhambra,
hasta que amparo le ofrece
una amiga de la infancia.
Vive allí, pero muriendo;
y de tal modo se acaba,
que alma viajera parece
en el mundo desterrada,
que el término anhela, y viendo
la muerte, que al fin avanza,

para acortarle camino
adelántase á esperarla.

Y así transcurren los días
entre sollozos y lágrimas,
lentos mientras van pasando
y veloces cuando pasan:
que injusto el reloj del tiempo
con desigualdad señala
para el placer horas breves
y para el dolor muy largas.



EGÓ entretanto el suspirado día
en que, rendida la oriental Granada,
quedó, tras largos siglos de porfía,
la tenaz reconquista consumada:
cayó la estrella de Boabdil sombría,
y, la cerviz del árabe humillada,
todo es en la ciudad luto y lamento,
todo entusiasmo y gloria el campa-
[mento.

De su fortuna el mísero mandato
ni intenta resistir la gente mora;
parte Boabdil á su destino ingrato,
y, al doblar el Padul, suspira y llora:
el campamento, en férvido arrebató,
aguarda aún... ¡La cruz dominadora
al fin en lo alto de Granada brilla
y la enseña triunfante de Castilla!

¡Sombras augustas de Isabel primera
y del noble Fernando, en vuestro pecho

la fe tan sólo alimentar pudiera
triunfo tan alto y tan glorioso hecho!
¡Yá vuestra enseña sin rival impera,
y del cántabro mar hasta el Estrecho
una es y sola la familia hispana
y una también la tierra castellana!

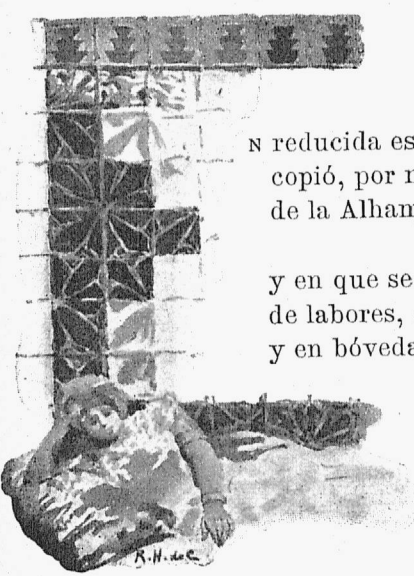
Tú sentirás, Granada, el soberano
poder transformador que te visita:
yá el edén no serás del mahometano,
que amor consagra y que el placer habita:
será hogar el harén del africano,
convento el yermo, iglesia la mezquita,
y regio pedestal la Alhambra mora
de la cruz del cristiano redentora.

Señalando seguro al Occidente
triunfo mayor, grandeza no soñada,
el egregio Colón muestra su frente,
en profética luz iluminada;
aún la reina Isabel del moro enfrente,
oye la nueva, al genio revelada,
y, atónitas, las naves españolas
ven un mundo surgir entre las olas.

Que sólo España á precio de su llanto
el orbe en su grandeza rehabilita,
y en Granada, en las Navas y en Lepanto
á Europa largo cautiverio evita.
¡En toda empresa de entusiasmo santo
no hay página inmortal que no esté escrita
con nuestra sangre pródiga, y firmada
por invencible y española espada!

VIII

Muerte de Fátima



En reducida estancia que, en pequeño,
copió, por mano de alarife moro,
de la Alhambra el riquísimo diseño,

y en que se agota el árabe tesoro
de labores, en muros y en portada
y en bóveda estaláctica de oro,

sobre lecho morisco reclinada,
Fátima yace, en abstracción profunda,
la rubia cabellera destrenzada,

incierta la mirada moribunda,
cual si de un sueño agitador siguiera
la dirección inquieta y errabunda.

Después hacia la bóveda ligera
sus ojos vuelve, y su sonrisa asoma
como si el cielo distinguir pudiera:

que su dulce mirada de paloma
tiende á Dios, como tienden á la altura
la llama, la plegaria y el aroma.

Aunque muere, conserva su hermosura,
que nube intensa de dolor empaña:
tiene su ajado rostro la blancura

de la nieve cuajada en la montaña;
y es tan móvil su gracia seductora,
y á su mortal dolencia tan extraña,

que si sonríe, ó se entristece y llora,
velan su faz las sombras de la tarde
ó la invaden las tintas de la aurora.

Zaida, venciendo su temor cobarde,
con ágil paso en que el rumor mitiga,
se acerca, haciendo de silencio alarde.

Zaida es la noble, la piadosa amiga,
de escondida virtud raro destello,
que amor y llanto á Fátima prodiga.

Negros sus ojos son, cual su cabello,

y fueran lo mejor de su persona
si no tuviera el corazón más bello.

Más disputado premio no ambiciona
que salvar á su amiga, y ni un instante
el cuidado de Fátima abandona.

Se acerca; mas del lecho no distante,
vuelve Fátima el rostro sonreída
y «¡Zaida!» — dice en voz insinuante.

Zaida repone: — «Te creí dormida.
Nuevas traigo — añadió de gozo llena —
y albricias me darás, gacela herida.»

— «¡Albricias yo!» — Con infinita pena
Fátima exclama, y Zaida en tono vivo:
— «Te lo diré, mas el placer refrena...

¡Vive el Zegrí!»
— Con gesto convulsivo,
como quien, temeroso de perderle,
fijar intenta un sueño fugitivo,

su frente comprimió por detenerle;
luego, con voz de niña apasionada,
balbuceó encendida: — «¡Quiero verle!»

Y Zaida fué á salir... Mas, demudada,
«¡Es tarde!» — le añadió. — «¡Ni verle espero!»
Y cayó sobre el lecho desplomada.

Por su semblante, un punto placentero,

corre y se extiende palidez tan fría
que, exhalado el suspiro postrimero,

inanimada estatua parecía...
¡No la mató el exceso de su pena,
y hoy la mata un exceso de alegría!

Pero... tórnase á erguir; su voz serena;
su rostro inunda, mustio y hechicero,
de fácil llanto contenida vena,

y al fin exclama, en tono lastimero:
«¡Creí su muerte, y me duró la vida,
y hoy resucita cuando yo me muero!»

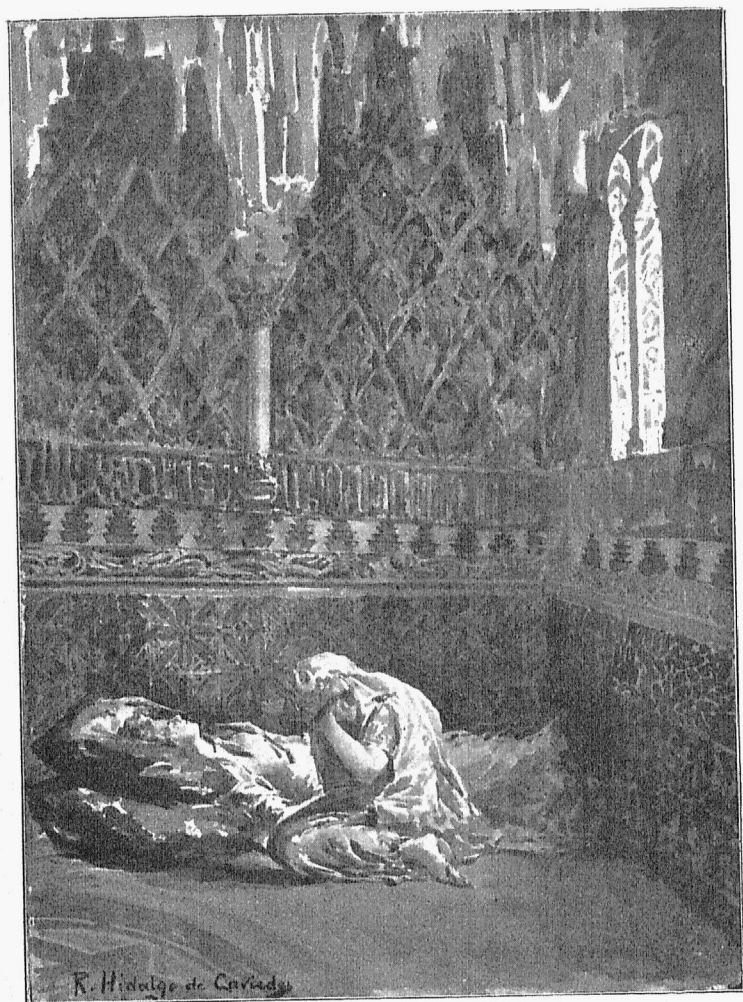
Y con su mano á la de Zaida asida:
«¡Si aún me quieres—rogó—lleva á mi amado
mi triste y postrimera despedida!

»Escucha: en el asalto inesperado
de Alhama, por los fieros vencedores
mi honor, como mi vida, respetado,

de esa ley entreví los resplandores
que así en perdón y en caridad se inflama
aun de lucha sangrienta en los horrores.

Que soy cristiana, dile: que en Alhama
pusiéronme por nombre el de María...
¡Que en el cielo le aguardo, si me ama!...»

Y, entre congojas: «Dile, Zaida mía,

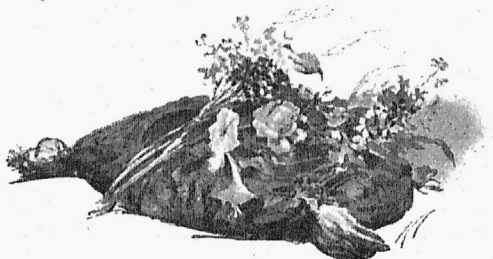


que hoy vivir, para verle, quise en vano...
¡Y que al morir le adoro todavía!»

Su brazo, con esfuerzo sobrehumano
alzó, cual si intentase apresurada
alcanzar una sombra con la mano;

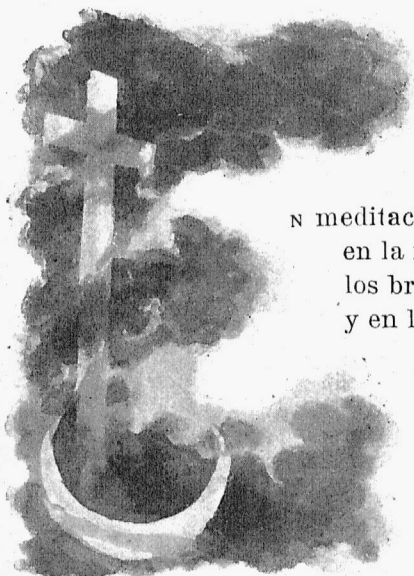
á Zaida contempló, como asombrada,
y, lanzando un gemido de agonía,
sepultó la cabeza en la almohada.

Y á poco allí tan sólo se veía
del calado ajimez la luz incierta
que un triste sol desde su ocaso envía,
y una mujer que llora, y una muerta.



IX

La conversión



n meditaciones fijo,
en la faz la duda impresa,
los brazos sobre una mesa,
y en la mesa un crucifijo;

sin el antiguo vigor,
y la mano enflaquecida
por la dolencia sufrida;
pálido y mate el color

de las mejillas ajadas;
con hondos surcos en ellas
y en los tristes ojos huellas
de venturas malogradas,

está el Zegrí. Grave idea
desconsoladora, ingrata,
su noble frente delata,
pues la entristece y sombrea.

Qué le agita, él sólo sabe ;
pero no rencor bastardo,
que en su corazón gallardo,
pasión tan baja no cabe.

La gratitud le avasalla,
de su pena vencedora,
pues desde la aciaga hora
en que cayó en la batalla,

Gonzalo á su misma tienda
le condujo, y como hermano,
allí con su propia mano
puso salvadora venda

sobre la mortal herida,
y lo atendió de tal suerte
que lo arrebató á la muerte
y lo devolvió á la vida.

Por eso su corazón
tiene, como noble y recto,
por Gonzalo grande afecto
y mayor admiración,

y de hermano nombre y mano
diérale sin vacilar,

si un hombre tan singular
pudiera tener hermano.

Lo mueve otro sentimiento:
de Fátima el nombre invoca,
y ese nombre está en su boca
y llena su pensamiento.

¿Quién de un grande amor se olvida
si llega tanto á crecer
que arrancarlo en nuestro ser
es arrancarnos la vida?

Amor que llega á ser tal
que olvido y mudanza excluye,
ni aun con la vida concluye,
que es, como el alma, inmortal.

Un mes há que entró en Granada
victorioso el castellano,
y un mes que Azaator en vano
pide nuevas de su amada.

Lejos, pues, de que se acabe
su afán, cada hora que cuenta
su vaga inquietud aumenta:
¿huyó? ¿ha muerto?... ¡No lo sabe!

Mas según fué de buscada,
sin hallar ni rastro incierto,
no es dudoso que, ó se ha muerto,
ó no se encuentra en Granada.

De unción y virtud austera
y de perfección dechado,
cuanto famoso, el prelado
fray Fernando Talavera,

así que en Granada entró
y vió la ciudad cautiva
del error, piadosa y viva
propaganda comenzó:

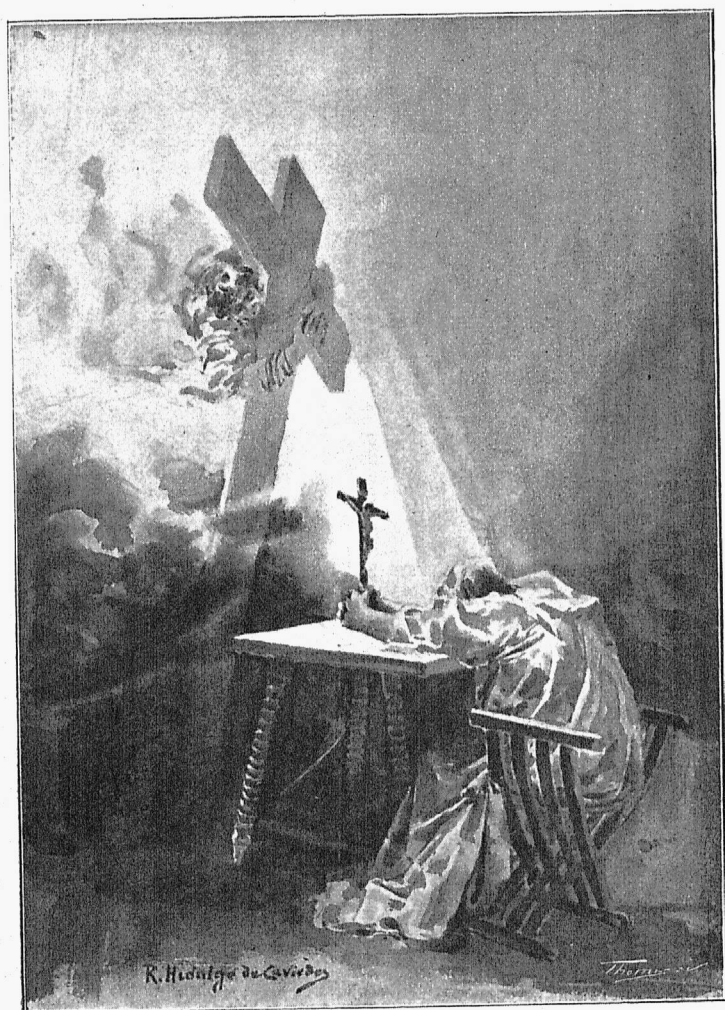
y aun con el Zegrí sostiene
empeño más afanoso,
y con él, afectuoso,
sabias pláticas mantiene,

aunando en esta ocasión
de Isabel votos sinceros,
designios del gran Cisneros
y la propia inclinación;

que es hombre de calidad
el moro, y de tal valía,
que su conversión tendría
grande influjo en la ciudad.

Mas á su ruego, Azaator
repite, no convencido,
que, por suerte, no ha nacido
ni apóstata ni traidor.

Y así, sin mutuo desdoro,
siguen, uno y otro día,





el prelado en su porfía
y en su negativa el moro.

Es la tarde. El sol poniente
arrastra, como ropaje,
el magnífico celaje
que le sigue hasta Occidente.

Entre el encaje prolijo
de la entreabierta ventana,
un rayo de luz lejana
viene á herir el crucifijo.

En la faz del que se inmola
el rayo de luz se aquieta,
y tal la ilusión completa
que le finge una aureola.

Del débil Cristo expirante
que está ante el Zegrí, parece
que la frente palidece
y que se anima el semblante:

y á dudar llega el Zegrí,
tanto se exalta su idea,
si Cristo murió en Judea
ó está agonizando allí.

Él siente en su corazón,
como nuevas peregrinas,
esas palabras divinas
de amor y paz y perdón:

en sí mismo ve señales
de su mudanza testigos;
odiaba á sus enemigos,
y hoy vé en ellos sus iguales;

y aunque el fuerte mahometano
quiere esquivar la ocasión,
el rebelde corazón
se le está haciendo cristiano.

Sin que el giro vagamundo
de su pensamiento ceda,
adormecido se queda
como en éxtasis profundo;

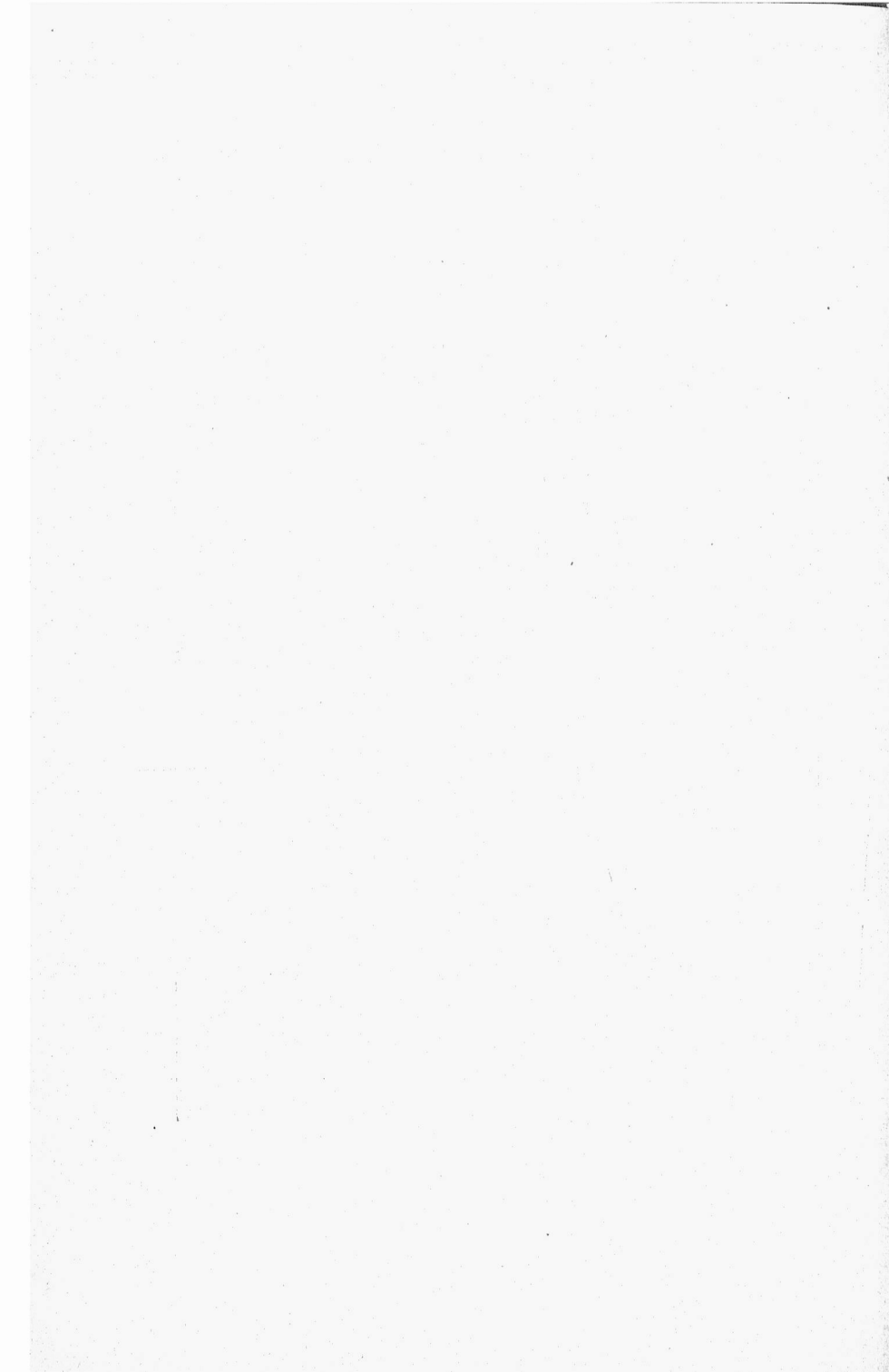
y, en ancha senda de luz,
vé que los espacios hiende
aparición que desciende
abrazada á gruesa cruz.

Sueño, ilusión ó verdad,
ni aun sus contornos precisa,
tan vaga, tan indecisa
como la felicidad.

Más que distingue, adivina
de Fátima la hermosura
en la celeste figura
cuyo esplendor le fascina.

Es ella; su gallardía:
aquéllos son sus cabellos,





sus claros ojos aquéllos
en que bebió luz el día;

sus sonrisas seductoras,
esas, de amor dulces creces,
en que el Zegrí tantas veces
soñó con besos y auroras...

Y la cruz...

Mas, vaga, incierta,
la imagen bórrase y huye:
el blando sueño concluye,
y óyese un golpe en la puerta.

Se alza el Zegrí: en el dintel
dos bultos vé dibujarse,
y, después, adelantarse
Gonzalo y Zaida hacia él.

De la mora, que solloza,
cada frase entrecortada
como penetrante espada
el corazón le destroza;

convulso, en llanto deshecho,
logra hasta el fin escuchar;
mas, vacila, y viene á dar
de Gonzalo sobre el pecho.

«¡Llora! — dice el castellano. —
¡Los fuertes lloran también,
y esas lágrimas caen bien
sobre el pecho de un hermano!»

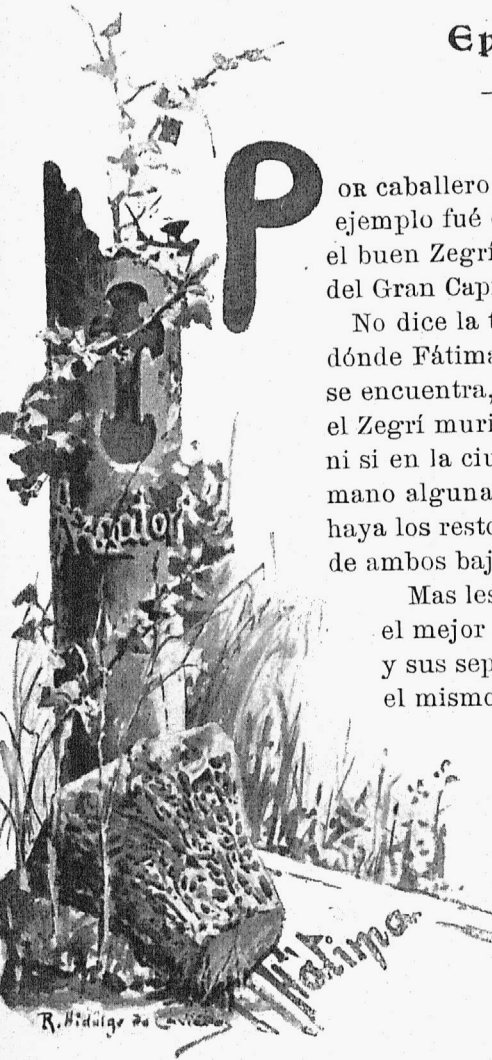
Mas, vencido el sufrimiento
que al Zegrí turba y altera,
así habló, y, al hablar, era
grave y solemne su acento:

«Cese ya mi loco empeño
y triunfe en mí la verdad,
pues toco la realidad
al desvanecerse un sueño.

» ¡Gonzalo! Tu fe me inflama:
cristiano soy. Dios lo quiso,
y revelador aviso
hacia la verdad me llama.

» ¡Fátima! —añadió.— ¡Mi anhelo!
¡Si la adoré de manera
que yo cristiano me hiciera
por encontrarla en el cielo!»

Epílogo



POR caballero y cristiano,
ejemplo fué de los hombres
el buen Zegrí, que usó ufano
del Gran Capitán los nombres.

No dice la tradición
dónde Fátima enterrada
se encuentra, ni en qué ocasión
el Zegrí murió en Granada;
ni si en la ciudad ha habido
mano alguna que, piadosa,
haya los restos reunido
de ambos bajo humilde losa...

Mas les da claro arrebol
el mejor cielo de España,
y sus sepulturas baña
el mismo rayo de sol.



LA ALHAMBRA

POESÍA

LA ALHAMBRA

"Creció de siglo en siglo, y todos los días
aumentó en esplendor; ya que estuvo cu-
bierta de oro y de colores, se ciñó de jardi-
nes sus brillantes salas..."

Pí y Margall. — GRANADA.

I

Cual de un sueño ostentoso del Oriente
realización audaz y peregrina,
coronada de siglos la alta frente
elévase la Alhambra granadina:
el arte en cada edad, de gente en gente,
la admira absorto, y en dudar se obstina
si los hombres en ella han puesto mano
ó si es creación de un genio sobrehumano.

II

Sueño fué de Alhamar; sueño en que el moro
la portentosa fábrica advertía
como aérea mansión de trazos de oro
en un cielo de luz y de poesía:
dieron minas y sierras su tesoro,
de encantos la pobló la fantasía,
y es de un arte magnífico el emblema
y de una raza el inmortal poema.

III

El fresco patio que corona el cielo
y embellecen las fuentes gemidoras;
el arco que transmite á muro y suelo
sombras de tarde y resplandor de auroras;
la bóveda gallarda de alto vuelo,
rica de estalactitas brilladoras,
que, suelta y franca, hacia el espacio sube
con la aérea arrogancia de la nube;

IV

el ajimez calado y caprichoso
que el sol visita ansioso de hermosura
el menudo ataurique primoroso,
de experta mano complicada hechura
el capitel esbelto y prodigioso
de elegante follaje y estructura;
las espléndidas salas, hoy desiertas,
testigos mudos de venturas muertas:

V

el torreón rojizo y mutilado,
con Granada á sus plantas por alfombra,
cuyo pie lame el Darro sosegado
en cauce angosto, entre arboleda y sombra;
formidable atalaya del pasado
que árabes triunfos y grandezas nombra,
y aún desafía, enhiesto y resistente,
de los voraces siglos la corriente,

VI

de ese poema son himnos brillantes;
sílabas son de luz los trazos puros,
los salones, estrofas fulgurantes,
las líneas, letras, páginas los muros:
doquiera se descubren palpitantes,
de su grandeza y duración seguros,
del Nazarita la inmortal historia,
su poder, su piedad, su fe y su gloria.

VII

Cual mar que, á impulsos de huracán cediendo,
la orilla invade en ola alborotada,
y allí abandona, á su nivel volviendo,
rara perla en su fondo elaborada,
la audaz morisma, en oleaje horrendo
cayó sobre Castilla, desbordada,
y, al volver á su centro cual las olas,
dejó la Alhambra en playas españolas.

VIII

Todo se anima á nuestro paso. Deja
el viento adivinar voces pasadas;
y fantástica vida se refleja
en sombras de pasiones agitadas;
créese oír, ya un suspiro, ya una queja,
ó bien frases de amor entrecortadas,
y es la ilusión que en los espacios huecos
va despertando los dormidos ecos.

IX

La roja sangre, aquí, de Abencerrajes
el mármol suda en mancha acusadora;
allí, triunfa del tiempo y sus ultrajes
el mirador de legendaria mora:
fíngese verla, envuelta en sus ropajes,
y que al par su mirada incitadora
es blando halago, lánguido embeleso,
arrebato, pasión, caricia y beso.

X

Aquí lloró Boabdil: aquí, afanoso,
articuló su amarga despedida
al partir al destierro doloroso
en donde acabe su infecunda vida:
ya no oirá en el alcázar suntuoso
la palabra del cielo descendida
que así, por siglos, á su raza exclama:
«¡Goza y cree: persevera; vive y ama!»

XI

Un día, el torreón más eminente
que, al destacarse de la Alhambra mora,
comparte con la sierra que está enfrente
la primera caricia de la aurora,
sintió ondear en su morisca frente
de Castilla la enseña vencedora,
y es, de entonces, la Alhambra, doble muestra
de la gloria del árabe y la nuestra.

XII

Ni lloró su mudanza. El mahometano
de un edén puso en ella el vago anhelo,
y le dió el esforzado castellano
por Dios á Cristo, y por corona un cielo:
al placer sensual del africano
de la virtud sucede el vivo celo:
supo el genio del árabe soñarla
y el castellano ardor supo ganarla.

XIII

Aun, el alcázar regio visitando,
resucita el recuerdo de manera
que escuchar nos parece el eco blando
de las pisadas de Isabel primera:
aun sorprendido lo fingimos, cuando
más tarde ya, del tiempo en la carrera,
sintió, férrea, crujir en su recinto
la armadura imperial de Carlos quinto.

XIV

Tanta gloria es la suya. Simboliza
mutuo valor, creencia diferente,
y los triunfos opuestos solemniza
de la morisca y la cristiana gente;
y al par que al castellano inmortaliza,
recibe los suspiros en su frente
que recoge, dolientes y lejanos,
el aire en los desiertos africanos.

XV

¡Hermosa Alhambra! ¡Orgullo de Granada!
Yá realizado tu inmortal destino,
bien puedes adormirte sosegada
al arrullo del Darro cristalino:
yá la ambición del cetro inmoderada
no agitará tu sueño peregrino,
ni turban yá los ecos de la guerra
las hondas cavidades de la sierra.

XVI

Te da un suelo feraz, lecho de flores
entre arboledas de verdor sombrío;
un cielo, siempre azul, claros fulgores,
su amor Granada, su murmullo el río:
jamás, al recordar triunfos mayores,
podrás sentir devorador hastío:
basta á tu gloria el nombre conquistado;
¡llena el presente quien llenó el pasado!

XVII

¡Y ojalá, de esa fábrica viviente,
en que un arte magnífico fulgura,
para asombro perpetuo de la gente
la duración iguale á la hermosura!
¡Y será! ¡Que atajando la corriente
que á cuanto existe destrucción augura,
el tiempo mismo, ante belleza tanta,
suspense y mudo, detendrá su planta!

